

Repensar la evangelización

“No sería inútil que cada cristiano y cada evangelizador examinasen en profundidad, a través de la oración, este pensamiento: los hombres podrán salvarse por otros caminos, gracias a la misericordia de Dios, si nosotros no les anunciamos el Evangelio¹.”

La Iglesia, en tanto que cuerpo de Cristo habitada por su gracia operante, es sacramento de salvación para el mundo. Es parte del plan de Dios y constituye por tanto una mediación imprescindible en la economía de la salvación. Ella es el signo, en la historia, de la humanidad llamada, reunida y salvada junto a toda la creación en el final de los tiempos, en el Reino venidero. Sin embargo, por la misma fuerza de la gracia de la que da testimonio y que la desborda, la Iglesia no exige pertenecer a ella para ser beneficiado con la salvación; ella la anuncia y la celebra en sus sacramentos “para la multitud”. Esta extensión de la gracia de Dios es recordada oportunamente por la frase del papa Paulo VI, en su exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* de 1975 que hemos utilizado como epígrafe, y que invita a cada cristiano, en su rol de evangelizador, a ajustarse intelectual y espiritualmente, al hecho de que se puede alcanzar la salvación sin el anuncio evangélico y, por tanto, sin pertenecer a la comunidad eclesial. Estamos lejos aquí del conocido adagio “Fuera de la Iglesia no hay salvación” surgido de la profesión de fe del concilio ecuménico de Florencia (1442). Como lo ha mostrado magistralmente Bernard Sesboüé, este adagio se ha ido vaciando de la mayor parte de su contenido con el correr de los siglos. “Su formulación masiva y exclusiva no corresponde desde hace mucho tiempo a la realidad²”. Al igual que teólogos como Yves Congar, Henri de Lubac, Karl Rahner, el autor muestra que se pasó de “Fuera de la Iglesia no hay salvación” a “No hay salvación sin Iglesia”. Efectivamente, no hay salvación en Cristo independientemente de la Iglesia que es su cuerpo. Sin embargo, hay salvación fuera de la Iglesia. Aquellos que no la integran, escribe el padre de Lubac, “podrán ser salvados porque son parte integrante de la humanidad que será salvada³”. El padre de Lubac escribe además: “Que la gracia de Cristo actúe por fuera de la Iglesia visible, de su doctrina y de sus sacramentos es una verdad reconocida desde siempre, aunque algunas veces haya sufrido lamentables eclipses⁴”. Karl Rahner, lo sabemos, a todos y todas que están fuera de la Iglesia que serán salvados por la gracia de Cristo en razón de que son justos y fieles a su conciencia, los llama “los cristianos anónimos⁵”. Citemos también, a modo de ejemplo, una frase de Yves Congar que se parece notablemente a la de Paulo VI: “Es posible que, por la misericordia del Dios justo, los hombres sean salvados sin haber conocido a Jesucristo. La Iglesia debe hacérselo saber.⁶”

La afirmación de Paulo VI sobre la extensión universal de la salvación en Jesucristo se apoya en el aporte de estos teólogos eminentes, y es claro, en los avances del concilio Vaticano II. Pero, como para

¹ San Paulo VI, *Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi sobre la evangelización del mundo moderno*, 1975, §80.

² B. SESBOÛÉ, *Hors de l'Église, pas de salut. Histoire d'une formule et problèmes d'interprétation*. Paris, Desclée de Brouwer, 2004, p. 322.

³ H. de LUBAC, *Catholicisme*, Paris, Cerf, 1938, p. 194.

⁴ H. de LUBAC, *Paradoxe et mystère de l'Église*, Paris, Aubier, 1967, p. 152.

⁵ Cf. El debate sobre este tema: B. SESBOÛÉ, “Karl Rahner et les chrétiens anonymes”, *Études* 361, 1984, p. 521-535

⁶ Y. CONGAR, *Vaste monde, ma paroisse. Vérité et dimensions du salut*, coll. Foi vivante, Paris, Témoignage chrétien, 1966, p. 151

conjurar el peligro de que se debilite el impulso misionero de los cristianos, Paulo VI insiste inmediatamente en el imperioso deber de anunciar el Evangelio:

“¿Podremos nosotros salvarnos si por negligencia, por miedo, por vergüenza -lo que San Pablo llamaba avergonzarse del Evangelio- o por ideas falsas omitimos anunciarlo? Porque eso significaría ser infieles a la llamada de Dios que, a través de los ministros del Evangelio, quiere hacer germinar la semilla; y de nosotros depende el que esa semilla se convierta en árbol y produzca fruto⁷.”

Así, subraya el papa, el reconocimiento de la pluralidad de vías de salvación no podría justificar un menor vigor en el anuncio del Evangelio.

La frase de Paulo VI fue retomada en los documentos preparatorios del último Sínodo sobre la evangelización de octubre de 2012⁸. Sin embargo, a lo largo de esta asamblea, no parece que se haya profundizado particularmente en ella, según el deseo expresado por Paulo VI como si la importancia del propósito de pensar la evangelización con un renovado vigor no hubiera sido percibida. En efecto, la insistencia del sínodo no radicó en la extensión universal de la salvación independientemente del anuncio evangélico, sino más bien en la “centralidad absoluta del deber de evangelizar que tiene la Iglesia hoy”⁹.

La Iglesia ha creído durante mucho tiempo que la salvación de la humanidad dependía de su mensaje. Y he aquí que el magisterio mismo, en la persona del papa Paulo VI, subraya que la salvación está en camino, aunque no haya sido anunciada. Adoptar esta premisa afecta profundamente la identidad y el rol de la comunidad cristiana. Su relación con el mundo se ve modificada así como su postura comunicacional. ¿Qué consecuencias podemos extraer para la evangelización? En todo caso, una seria lección de humildad. ¿Cómo pensar entonces la salvación y la evangelización de una manera que no ponga a la Iglesia en el centro? ¿Cómo y por qué evangelizar cuando sabemos que los hombres podrán salvarse por otras vías, aún si nosotros no les anunciamos el evangelio? “Puesto que la salvación es ampliamente posible, puesto que existen mediaciones alternativas, de qué sirve el esfuerzo misionero?”¹⁰. La pregunta es teórica pero también muy concreta para todos aquellos y aquellas que, entre los cristianos, se interrogan por el destino de sus seres queridos -hijos, padres, vecinos, colegas- que están alejados o se han alejado de toda referencia al cristianismo y pertenencia a la Iglesia. Ciertamente, el anuncio del Evangelio siempre es necesario y, como veremos, salvífico, pero dentro de un estilo que podríamos calificar de lleno de gracia.

I.- La salvación en marcha, independientemente del anuncio evangélico. “¿Quiénes somos nosotros para impedirle a Dios obrar?”

Antes que nada, precisemos lo que entendemos por “salvación” en la perspectiva cristiana. La salvación designa la vida en abundancia, el nacimiento a la vida que Dios da. Conciérne a todos los humanos en su ser, individual y colectivamente. Esta salvación comprende en conjunto la salud, el bienestar, la curación, el perdón, la reconciliación, el atravesar las dificultades de la vida, el libramiento del mal, la muerte y finalmente la vida eterna en el Reino que ha de venir. La salvación así entendida designa el proceso de humanización en el que estamos inmersos hasta su culminación. Lleva en efecto, la perspectiva de

⁷ *Evangelii Nuntiandi* 80.

⁸ Sínodo sobre la nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana, *Lineamenta* (§2) *Instrumentum Laboris* (§36).

⁹ *Lineamenta*, 62.

¹⁰ Y. CONGAR, *Vaste monde, ma paroisse*. (citado n. 6), p. 148

cumplimiento último. El ser humano contribuye a él. Sin embargo, nunca se tratará de una autorrealización sino de un don de Dios, mediante la gracia, más allá de lo que la humanidad pueda esperar por sí misma.

Que los seres humanos puedan hallar el acceso a esta salvación desborda las realidades eclesiales por todos los flancos. La fe trinitaria nos dice que la humanidad fue creada por Dios con la mira puesta en la salvación. La creación entera, habitada por el Espíritu, está siempre en gestación: “Ella espera, escribe san Pablo, con un ardiente deseo la revelación de los hijos de Dios”¹¹. Desde el origen entonces, desde el alba de la creación, todo ser humano, lo sepa o no, es objeto, según el designio de Dios, de una promesa de salvación más original que el pecado del mismo nombre. La pertenencia a la fe cristiana no se presenta en modo alguno como un camino obligado para beneficiarse de dicha salvación. Gracias a Dios no habrá más que cristianos en el Reino de Dios. La Constitución conciliar *Gaudium et Spes*, en relación a esto, contiene la siguiente declaración, retomada por el Catecismo de la Iglesia Católica:

“Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual”¹².

Por lo tanto, aunque los cristianos den testimonio de la salvación en Jesucristo y lo celebren en los sacramentos, no son los únicos destinatarios de la salvación. Dios ha vinculado la salvación al sacramento del Bautismo, sin embargo, Él no queda sometido a sus sacramentos, dice el CIC. En otras palabras, la gracia de Dios está signficada por los sacramentos y pasa por ellos, pero no está atada a estos sacramentos¹³. Tratándose en particular del bautismo Jean Marie Hennaux lo señala con precisión:

“Cuando se celebra un bautismo sacramental, su eficacia y su alcance, no se limitan solamente al bautizado, a la comunidad que lo rodea, a toda la Iglesia. Tiene una significación para la humanidad entera. Es un signo, un símbolo (en el sentido más fuerte de la palabra) de lo que Dios quiere para todos.”¹⁴

Todavía hoy podríamos decir como el apóstol Pedro en el concilio de Jerusalén “¿Quién era yo para estorbar a Dios?” (Hch 11,17). Gracias a Dios, la salvación circula libremente, sin que se la pueda detener aquí o allá.

II.- La salvación por la gracia de Dios y por la práctica de las bienaventuranzas

¿Pero qué hace falta para que esta dinámica de la salvación se ponga en movimiento en el mundo independientemente del anuncio evangélico? Según la frase citada de Paulo VI, el hombre puede salvarse por sí mismo; juega entonces un rol activo en la obtención de la salvación, pero no sin la misericordia de Dios. Habría, por tanto, dos partes en la dinámica de la salvación. La parte de Dios, principalmente. Es fundamental; somos salvos por la gracia. Es pues la misericordia de Dios, ofrecida siempre de nuevo a la humanidad a pesar del mal y del pecado que pueden duramente afectarla, lo que salva. “Dios no quiere la muerte del pecador” (Ez 33, 11). “Dios quiere que todos los hombres se salven” (1Tim 2, 4) “Dios es bueno

¹¹ Cf. Rom 8, 18-25. Este pasaje de la carta de Pablo a los Romanos, puede ser invocada en apoyo de las perspectivas del p. de Lubac sobre el deseo natural del sobrenatural, en oposición a una concepción exteriorizante de la salvación.

¹² *Gaudium et Spes*, §22 ; *Catecismo de la Iglesia Católica* (1992), §1260.

¹³ *Catecismo de la Iglesia Católica*, §1257. Lo que dice el CIC viene de Tomás de Aquino: “Dios no ha vinculado su poder a los sacramentos de tal manera que no pueda producir su efecto prescindiendo de ellos” (ST III, q. 64, a.7, c)

¹⁴ J.-M. HENNAUX, “Faut-il encore parler des limbes?”, *NRT* 135, (2013), p. 557

con los desagradecidos y los malos” (Lc 6, 35). Buenos y malos, indistintamente, son invitados a la boda (Mt 22, 10).

Sin embargo, si los hombres se salvan gratuitamente, ello no puede hacerse contra su voluntad. Es necesario que abandonen sus olopeles para vestir el hábito de luz con el que el señor de la boda los reviste. Esta es la parte que le corresponde al hombre: su disposición a adaptarse a la salvación ofrecida, a recibirla¹⁵ con amor. En otras palabras, la parte que le corresponde al hombre reside en su aptitud para entrar en el espíritu de las bienaventuranzas, en el deseo de practicarlas, incluso en el deseo de deseárselo. Un deseo semejante en el corazón del ser humano es suficiente, con la gracia de Dios, para que la dinámica de la salvación se ponga en movimiento. Sin lugar a dudas, esta dinámica no está reservada a los cristianos. El camino de las bienaventuranzas, en efecto, concierne a todos los seres humanos sin distinción. ¡Felices vosotros, nos dicen las bienaventuranzas, vosotros todos y todas, de todas las razas, lenguas, culturas, convicciones y religiones, que sois -o que deseáis ser- pobres de corazón, misericordiosos, mansos, artífices de la paz, sedientos de justicia, el Reino de los cielos es vuestro! (Mt 5, 1-10). De este modo, desde siempre y en todas las latitudes de la tierra, la gracia de Dios y la disposición del ser humano de vivir, escuchando a su conciencia, en el espíritu de las bienaventuranzas, son las dos partes que operan en el nacimiento a la vida de Dios hasta el don de la vida eterna. La práctica de las bienaventuranzas es, en este sentido, la vía común, única y suficiente para tener acceso a la salvación que viene de Dios.

III.- El anuncio evangélico, un acto de caridad para mayor alegría

Ahora bien, si la práctica de las bienaventuranzas basta para ser engendrado a la vida de Dios, si la pertenencia a la Iglesia no es una condición obligada para gozar de la salvación, ¿por qué habría que anunciar el Evangelio? La respuesta puede ser la siguiente: simplemente por caridad y además para ser feliz. Lo que apremia, efectivamente, a anunciar el Evangelio no es llevarle la salvación a los hombres -Dios puede salvar sin el anuncio evangélico- sino el deseo de hacerle conocer y reconocer, en su existencia, esa salvación que le es ofrecida. Desde este punto de vista, el anuncio no necesario para la salvación es, sin embargo, radicalmente precioso, salvífico y bueno por todo aquello que nos permite reconocer, vivir y celebrar con alegría.

Asimismo, es el amor al prójimo lo que presiona al cristiano para hacerle conocer la gracia de Dios manifestada en Jesucristo. Así, lo que urge el anuncio evangélico es la caridad misma. Como dijo Benedicto XVI: “Caritas Christi urget nos” (2Cor 5, 14): “es el amor de Cristo que llena nuestros corazones y nos empuja a evangelizar”¹⁶. En este sentido, según una expresión de Juan Pablo II, el anuncio es “la primera de las caridades”¹⁷. Anunciar el Evangelio es, por tanto, ofrecer al prójimo, por amor a él, lo mejor que se le puede dar y que es ese reconocimiento de la salvación en su propia vida, aunque dicho reconocimiento no sea intrínsecamente necesario para vivir y nacer a la vida de Dios. La fe cristiana se presenta, a este respecto,

¹⁵ Estos puntos de vista permiten la posibilidad de la condena eterna en el caso de que el ser humano hiciera deliberada y definitivamente la elección de endurecer su corazón: el encierro en el mal por rechazo a la bondad. Pero la esperanza cristiana es que la salvación sea realmente universal, que se extienda a la multitud y que toque el cuerpo de la humanidad en su conjunto por el poder de la gracia, capaz de ablandar los corazones más endurecidos, de enderezar las situaciones más retorcidas y de apagar los odios más tenaces.

¹⁶ BENEDICTO XVI, Motu proprio *Porta Fidei* 7 (2011).

¹⁷ SAN JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* 50 (6 de junio de 2001)

como un tesoro escondido en un campo¹⁸— innecesario para llevar una vida sensata, alegre y generosa- pero al que uno se apega indefectiblemente y por el cual uno acepta perder todo, desde el momento en que lo ha hallado.

En otras palabras, el anuncio del Evangelio se inscribe dentro de una dinámica de la salvación en plena marcha; se integra a la práctica de la caridad para desarrollar en los corazones el sentido del anuncio y que lo experimenten. El anuncio es en sí mismo un acto de caridad suplementaria que abre al prójimo el reconocimiento gozoso del amor de Dios manifestado en Jesucristo y una comunión nueva en su nombre. De esta dinámica da testimonio la primera carta de Juan:

“Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que hemos tocado con nuestras manos acerca de la Palabra de Vida, es lo que les anunciamos. Porque la Vida se hizo visible y nosotros la vimos y somos testigos, y les anunciamos la Vida eterna, que existía junto al Padre y que se nos ha manifestado. Lo que hemos visto y oído, se lo anunciamos también a ustedes, para que vivan en comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Les escribimos esto para que nuestra alegría sea completada.”¹⁹ (1Jn 1-4).

La creación es una primera gracia a la cual está unida, lo sepa o no, una promesa de salvación. El anuncio y el reconocimiento explícito de la salvación cumplida en Jesucristo constituyen una gracia suplementaria que se añade a la gracia de la creación, la ilumina desde dentro y le abre perspectivas insospechadas. Nos hallamos aquí en una lógica de “gracia sobre gracia”: “De su plenitud, hemos recibido gracia sobre gracia” (Jn 1,16), dice el prólogo del Evangelio de Juan. Reconocer la salvación en Jesucristo es una gracia aparte que da lugar a una comunión redoblada para mayor alegría. El cristianismo, desde este punto de vista, es un himno a la alegría como lo dejan entender los títulos de las exhortaciones apostólicas del papa Francisco: *Evangelii Gaudium* (2013), *Amoris laetitia* (2016), *Exultate et gaudete* (2018). Podemos vivir bajo las nubes aprovechando los beneficios del sol sin verlo. Esa es ya una primera gracia, suficiente para vivir. Pero, si por ventura, el cielo se abre y deja pasar los rayos del sol, todo se ve transformado, iluminado por un nuevo resplandor, como si fuera otro día. Una vez experimentada esta visión nos aferramos a ella como a un tesoro. Así ocurre con el anuncio evangélico: innecesario para la salvación, es determinante para la vida, radicalmente precioso, salvífico por todo lo que permite reconocer, vivir, celebrar y desear, en la felicidad.

IV.- Los cuatro tiempos de la evangelización

En este punto en el que nos hallamos, en base a lo dicho hasta el presente, podemos esforzarnos en pensar un poco más allá en el proceso de evangelización. Lo haremos distinguiendo esquemáticamente cuatro tiempos que son esenciales. Estos cuatro tiempos se suceden lógicamente pero pueden ser considerados también como dimensiones constitutivas y permanentes de la evangelización. Veámoslos en detalle:

1.- Primer tiempo de la evangelización: reconocer en la sociedad a las figuras de la salvación en proceso y dejarse instruir por ellas. “El los precede en Galilea, allí es donde lo verán”.

¹⁸ O como una perla rara. Cf. Mt 13, 44-46.

¹⁹ « Completada » más que « completa ». En el texto griego la forma *πεπληρωμενη* es un participio pasado pasivo.

De lo que acabamos de decir se desprende que la comunidad cristiana está llamada, en primer lugar, a despojarse de toda pretensión de poseer las llaves que abren la puerta de la salvación. La Iglesia no trae la salvación al mundo. En primer lugar, ella debe dejarse evangelizar reconociendo que la salvación actúa en ella, antes que ella y por fuera de ella. El mismo Jesús, según el relato evangélico, sabía reconocer a su alrededor, esa salvación que ya estaba en marcha: “Ve, tu fe te ha salvado” (Mc 10, 62; Lc 7, 50). Las bienaventuranzas las aprendió viendo vivir a la gente: “Felices ustedes, el Reino de los cielos les pertenece”. Del mismo modo, en el amanecer de la Pascua, el mensaje del ángel es enviar a los discípulos a la Galilea de las naciones donde reconocerían al resucitado: “Ha resucitado. No está aquí. El irá antes que ustedes a Galilea; allí lo verán” (Mc 16, 7). El Espíritu de Dios ya se ha derramado en los corazones. Asimismo, la salvación siempre está allí donde el testigo del Evangelio llega. El testigo no lleva a los demás lo que éstos no poseen; los invita a interpretar lo vivido y a reconocer lo que secretamente ya les ha sido secretamente donado en el centro de su existencia.

Es decir, que el primer deber de los cristianos no consiste en convertir a los demás a su fe, sino en, antes que nada, aguzar la propia mirada para discernir tanto en la sociedad como en el pueblo cristiano las maneras de ser y de actuar que, como las bienaventuranzas, representan el Reino de Dios. La apuesta consiste en dejarse evangelizar por los reflejos de evangelio diseminados en la vida social, de dejarse instruir e impregnarse de ellos porque, en efecto, es en ellos y por ellos que la salvación toma cuerpo en la carne del mundo.

Dejarse evangelizar por las figuras de evangelio extendidas en el mundo supone, bien entendido, una actitud fundamental de benevolencia hacia el mundo. Estamos lejos aquí de la actitud que empieza por demonizar al mundo para reencauzarlo en un camino de conversión. La actitud benevolente, por el contrario, busca dejarse instruir por la santidad corriente y creativa de muchos en sus situaciones de vida. Esta benevolencia, esta actitud comprensiva, no excluye la mirada crítica e invita también a participar de la visión crítica que el mundo, las más de las veces, tiene de sí mismo. Pero esta denuncia de lo que desfigura a la humanidad es asimismo una manera de promover esa salvación que está en camino.

2.- Segundo tiempo de la evangelización: ¡Primero la caridad, con mucha más razón!

Reconocer por tanto que la dinámica de la salvación ya actúa en el mundo y dejarse instruir por ella, implica para la comunidad cristiana verse invitada, primero y principalmente, a unirse a esta dinámica que la precede, incorporando su acción y las motivaciones que le son propias, en la medida de lo posible, con toda su fuerza y su espíritu. Desde este punto de vista, la comunidad cristiana, por su fe, se descubre “ordenada”, en primer lugar, a la caridad como un fin en sí mismo, sin proselitismo, ni eclesiocentrismo, con el objetivo de contribuir al progreso de la salvación, a la promoción del Reino de Dios en el corazón de las existencias personales y sociales. En otras palabras, la comunidad cristiana está llamada a ser, para sus miembros y para el mundo, un “cuerpo de caridad” “que todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta, no pasa jamás” (1Cor 13, 7). La caridad se siente en el cuerpo; desde este punto de vista, la evangelización comienza por los sentidos. Es claro que la Iglesia no posee el monopolio de la caridad. Como todo el mundo, además, está precedida de la caridad de innumerables buenos samaritanos que ha encontrado en su ruta y con quienes descubre que está en deuda. Tratándose de servicio, en efecto, no hacemos más que “darlo”. Dar servicio es la vocación de la Iglesia. Esta fue la intuición esencial del Concilio Vaticano II. “La idea de servicio, decía Paulo VI en su discurso de clausura del concilio, ha ocupado un lugar central en el Concilio (...) La Iglesia se ha

declarado casi la sirvienta de la humanidad (...) Toda esta riqueza doctrinal se vuelca en una única dirección: servir al hombre²⁰. Asimismo, en virtud de su fe en Dios y en el hombre, los cristianos deben contribuir, en todas las formas, con todos los hombres de buena voluntad, en la promoción de los valores evangélicos en la sociedad y, por ende, luchar contra todo lo que “desfigura” al hombre. Su misión es comprometerse solidariamente en los lugares de pobreza, de sufrimiento, de exclusión y de desesperanza, para instaurar o restaurar las justas relaciones entre los sexos, entre las clases sociales, entre las generaciones, entre las culturas, entre las naciones, entre las diversas convicciones y religiones, con la naturaleza. Se trata para ellos de colaborar en el surgimiento y la difusión de las figuras del Reino en el tejido social: la asistencia mutua, el sostenimiento de los débiles, la educación de los jóvenes, la visita a los enfermos, el acompañamiento de los moribundos, el perdón de las ofensas, la liberación de los malos espíritus, la reconciliación entre los adversarios, la lucha por la justicia. Ponerse de esta manera al servicio de una humanidad más humana es, para la Iglesia participar del surgimiento del Reino que ya llegó, y también del nacimiento a la vida que Dios nos regala.

Pero, para esto, aún falta que la comunidad cristiana, en su propio funcionamiento, en sus instituciones, sea tanto para ella como para el mundo, una figura del Evangelio. Lo que se exige es construir la Iglesia sobre la reciprocidad, la igual dignidad de sus miembros, sobre un ejercicio del poder ordenado al desarrollo de todos y todas, de manera tal que todos puedan reconocer que ser cristiano es un auténtico camino de humanización. La credibilidad de la Iglesia reside, en este aspecto, en la excelencia de las cualidades relacionales que ella promueve y en la rectitud del ejercicio del poder en su seno.

En cuanto al servicio al mundo, la comunidad cristiana está llamada a ejercerlo sin ocupar el centro ni creyendo ser la mejor, sino invocando los motivos suplementarios de su dedicación. Si los seres humanos están llamados a amarse los unos a los otros, en razón de su común solidaridad, entonces “con mucha más razón”, “a fortiori”, “todavía más” están llamados al servicio mutuo si se reconocen como hijos e hijas de Dios, que tienen la promesa de una vida eterna. Por esto es que, como dice la Constitución conciliar *Gaudium et Spes*, tratándose de tareas humanas, la fe cristiana la hace aún más imperativa porque la vocación humana es grande: “El mensaje cristiano no aparta a los hombres de la edificación del mundo ni los lleva a despreocuparse del bien ajeno, sino que, al contrario, les impone como deber el hacerlo.”²¹

Este compromiso de caridad en el mundo lo humaniza según el diseño de Dios. Es, en este sentido, un fin en sí mismo. Más aún, abre el espacio para el anuncio de la Buena Nueva.

3.- Tercer tiempo de la evangelización: el anuncio evangélico. Su contenido, su estilo, sus diversas formas.

El anuncio, en efecto, se viene a insertar en la práctica de la caridad. Sin esta precedencia del amor que lo anima, no sería más que viento. “Si no tengo amor, dice Pablo, soy como una campana que resuena o un platillo que retiñe” (1Cor 13,1) Lo que se ve es el amor; lo que se escucha, es el anuncio evangélico que revela el misterio. En una fórmula acuñada, podría decirse que el ideal de la Iglesia es ser un cuerpo de caridad, que habla de la caridad, con caridad. La diferencia cristiana, en este sentido, no es el amor; la diferencia está en la conjunción entre el hecho de ser un cuerpo de caridad y el anuncio evangélico. Existe la

²⁰ San Paulo VI, Discurso de clausura del concilio Vaticano II 26 (7 de diciembre de 1965).

²¹ *Gaudium et Spes*, §34.

caridad de las obras y existe la caridad de las palabras. Juan Pablo II subrayó el vínculo poderoso entre estas dos caridades:

Sin esta forma de evangelización, llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de comunicación nos somete cada día. La caridad de las obras corrobora la caridad de las palabras.²²

Articulado con el ejercicio de la caridad, el anuncio evangélico se declina en dos predicaciones: la predicación de Jesús y la predicación sobre Jesús. La primera está totalmente centrada en las bienaventuranzas, en el Reino y en la revelación de un Dios Padre. Esta predicación está dirigida a promover la práctica de las bienaventuranzas apelando a reconocer el Reino de Dios que ha llegado y la gracia de una filiación común. Pero el anuncio de los cristianos no se limita a retomar la predicación de Jesús. Existe también la predicación sobre el mismo Jesús, sobre su obra, sobre su identidad. Es la predicación kerigmática. Él, que pasó su vida haciendo el bien, manifestó una manera de ser y dijo cosas de una novedad tan radical que despertaba la vida en cada encuentro. Condenado injustamente por los religiosos de su tiempo, crucificado con la mayor violencia, manifestó un amor hasta el extremo. Pero Dios estaba con él; le hizo justicia y dio testimonio de él al resucitarlo, tal es el mensaje que corre sobre él. Esta predicación pascual invita a reconocer a Cristo resucitado como el Hijo de Dios, Salvador de la humanidad, abriendo una esperanza inaudita que llama a reunirse en su nombre, a celebrar la salvación ofrecida y a comunicar la Buena Nueva hasta los confines del mundo. Para su gozo.

Este anuncio que habla de la gracia de Dios manifestada en Jesucristo es lleno de gracia por su contenido pero también en sus modalidades de expresión: “Estén siempre dispuestos a defenderse delante de cualquiera que les pida razón de la esperanza que ustedes tienen. Pero háganlo con delicadeza y respeto” (1Pe 3, 15-16) Paulo VI señala también en *Evangelii Nuntiandi* esta exigencia de respeto a las personas: “Respeto a la situación religiosa y espiritual de la persona que se evangeliza. Respeto a su ritmo que no se puede forzar demasiado. Respeto a su conciencia y a sus convicciones, que no hay que atropellar” (§ 79). De este modo dar razón de la gracia de Dios implica que el proceso de enunciación sea también portador de gracia. ¿Cómo caracterizar este estilo? El rico campo semántico de la palabra “gracia” puede servirnos de ayuda. Este término implica las nociones de gratuidad como en “gratis”, pero también de reconocimiento como en “gratitud”. Comporta la dimensión del perdón como cuando se pide la “gracia del indulto o de la amnistía” (N. de T.: en francés indultar, amnistiar, se dice “gracier”). Es una palabra ligada al placer y a la dicha como en “agradable, agrado”. Está unida a la belleza como en “gracioso”. Hace también alusión a la suavidad, la no-violencia y la vulnerabilidad como en “grácil”. El estilo de la gracia de la propuesta de la fe reúne todos estos rasgos de gratuidad, gratitud, perdón, placer, belleza y dulzura. Y este estilo de gracia de la proposición de la fe es a su vez expresivo de la gracia de Dios que es proclamada. Asimismo, al tiempo que se esfuerza por ser comprensible, no pesa ni obliga. Anuncia la salvación sin reservarla sólo para aquellos y aquellas que lo escuchan. A este respecto, aúna ligereza y gravedad: gravedad por las preguntas que plantea, ligereza también por la libertad que otorga. Su campo es el de lo plausible para la inteligencia y el de lo deseable para la vida.

La caridad que anima al anuncio invita además a diversificar las formas para llegar a las personas en sus respectivas situaciones. Esquemáticamente podemos distinguir seis formas del anuncio. La forma *kerygmática* proclama la fe cristiana de manera breve, inteligente, cálida, todo a la vez. En la forma *narrativa* y *testimonial*, el testigo hace el relato de su vida para justificar sus razones para creer. La forma *expositiva*, como en un libro de teología o un catecismo, provee a sus lectores de los elementos intelectuales que

²² SAN JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Novo millennio ineunte* 50 (6 de junio de 2001).

autorizan el acto de fe. La forma *dialógica* (o *apologética*) se esfuerza, dentro del marco de un debate argumentado, por dar cuenta de la fe. El anuncio puede incluso tomar una forma *litúrgica*; la liturgia de los cristianos, en efecto, tiene a menudo el rol de un primer anuncio para aquellos y aquellas que están alejados de la fe. Finalmente, existe una forma *cultural* del anuncio que hace valer, en el campo cultural mismo, la memoria del cristianismo, las huellas de su historia, su patrimonio artístico, sus valores éticos, su tesoro de espiritualidad, su reflexión filosófica y teológica, permitiendo a todos los ciudadanos conocer la fe cristiana, recurrir libremente a ella o inclusive hacerla suya.

4.- Cuarto tiempo de la evangelización: la iniciación, una misión de las comunidades cristianas

La evangelización implica, asimismo, que las comunidades cristianas pongan en marcha un dispositivo que permita acompañar a quienes se dejan tocar por el mensaje evangélico y desean ir más allá aunque sea a tientas. “Los cristianos no nacen, se hacen” decía Tertuliano. Hacerse cristiano, en efecto, es un trabajo que requiere tiempo. Que la fe cristiana sea percibida como plausible y deseable es un primer paso. Que ella sea, de hecho, deseada y comprometa al sujeto en una acción concreta dentro de la comunidad de cristianos para ponerla a prueba es un segundo paso. La fe experimentada y confesada es un paso suplementario. El dispositivo iniciático tiene por objetivo precisamente favorecer este recorrido y acompañarlo. ¿Cómo y en qué condiciones?

La iniciación cristiana requiere en primer lugar un tejido comunitario fraternal. Cuando una persona se presenta para pedir entrar en la fe, la primera cosa que hay que hacer no es enseñarle las verdades de la fe, sino abrirle un espacio de fraternidad, de hospitalidad mutua. Este espacio de fraternidad enseguida inicia un compartir amical alrededor de los Evangelios y del Credo, en relación con las experiencias vitales y las preguntas que se planteen. En este compartir, el nuevo creyente aprende las verdades esenciales de la fe, pero siempre en el marco de las relaciones fraternas y los testimonios personales. El dispositivo iniciático, además, ofrece experiencias -de vida comunitaria, de celebración y oración, de servicio, de compartir- que llevan a pensar y a desear. Es el principio tradicional de la “mistagogia”: se vive una experiencia y la experiencia invita a la reflexión; ella se convierte en el punto de partida de un aprendizaje. Finalmente, la acción iniciática requiere que sea dividida en etapas²³, marcadas ritualmente, que sean atravesadas libremente, cada uno a su propio ritmo, cuando el deseo de ello ha madurado.

La puesta en marcha de este dispositivo iniciático compromete a las comunidades locales en un camino en el que ellas mismas son evangelizadas y evangelizadoras, catecúmenos y catequistas.

Be - 5000 Namur

André Fossion, s.j.

Rue Grafé, 4/1

Centre Internationale Lumen Vitae

andré.fossion@lumenvitae.be

²³ Estas etapas, según el *Ritual de la iniciación cristiana de adultos*, son sucesivamente la entrada en el catecumenado, el llamado decisivo, los escrutinios, la tradición del símbolo (el Credo) y la recepción de tres sacramentos de iniciación: bautismo, confirmación, eucaristía.

Resumen. --- Los hombres, según una afirmación de san Paulo VI, podrán salvarse gracias a la misericordia de Dios, aunque el Evangelio no les sea anunciado. El anuncio del Evangelio no es una condición exigida para ser salvado pues la salvación rebalsa, por la gracia de Jesucristo, las fronteras de la Iglesia. El deber de evangelizar permanece, no obstante, no para salvar al mundo sino porque éste ha sido salvado. Lo que empuja a evangelizar es el amor hacia el otro con quien se desea compartir la alegría infinitamente preciosa de reconocer y experimentar la salvación de Dios. Esta obra evangelizadora de la Iglesia puede ser reducida esquemáticamente a cuatro momentos esenciales: reconocer la salvación en marcha; ser un cuerpo de caridad en la carne del mundo; ser un cuerpo que habla de la caridad, con caridad, para decir su misterio; ofrecer a quien lo desee un camino de iniciación a la vida cristiana.

Palabras- clave. --- Salvación / Evangelización / Misericordia / Bienaventuranzas / Alegría / Caridad / Anuncio



Instituto Superior de Catequesis Argentino
PENSAR LA CATEQUESIS